

EL doctor Marañón restauró hace años para sí y los suyos el Cigarral de Menores, antigua residencia de frailes que fundara el Canónigo Miranda, y lo bautizó de nuevo como Cigarral de los Dolores, del nombre de su esposa. De aquella heredad hizo retiro campesino donde reposar del trabajo mundano y recibir con hidolga hospitalidad a los intelectuales y políticos más señalados de su tiempo, a las duquesas y a los embajadores que tenían alma además de títulos o cargos, y a los jóvenes amigos de sus hijos.

Bajo los porticos del atrio—ya cátedra, ya foro, ya salón—el señor de la casa dirigía las enconadas polémicas o los amenos discreteos y lograba mover a convivencia a gentes apartadas de continuo; su ecuanimidad desterraba las quejellas y conciliaba los ánimos de los convidados que sentaba a su mesa ante rústica vajilla talaverana que contenía castizas viandas del país. Al amparo de la gentil española que recordaba la anterior dedicación del edificio, entre las enredaderas que se enroscaban a las columnas y los tiestos de alegres feroneos, se alzaba incontenible, la pasión de interpretar todo según los datos del paisaje, las relaciones y el arte de aquella tierra. Allí se discutía el pasado, el porvenir, el ser de España desde todos los ángulos posibles. La misión histórica de España y de Castilla, el sentido ecuménico de la ciudad imperial puesta en la frangencia de las fuerzas de Oriente y Occidente, encrucijada perpetua de las culturas y los mitos hispánicos, eran temas inevitables en aquel lugar. Nadie resistía la tentación de interpretar a España, asomado a tan portentoso balcón sobre la piedra eterna de Toledo.

Desde allí se poseía a la ciudad; Toledo, quinta esencia de España, estaba a la vista, casi al alcance de la mano; entre el ramaje de los negrillos y al fondo de la tierra rojiza poblada de olivos cuando no de pitas y chumberas surgía el encopetado perfil de Toledo, «aquella ilustre y clara pesadumbre de antiguos edificios coronada», como dijo Garcilaso de la Vega, que presidía las palabras y los gestos, el huerto y el paisaje entero,

EL CIGARRAL DE MENORES

haciendo con su grandezza que todo en derredor fuese digno, severo y mesurado. Su fuerza evocadora nos conmovía a todos, anfitriones y huéspedes, con idéntico escalofrío de emoción española. Allí estaba la sede de los Conillos, primada de la Iglesia, heredera de la dignidad imperial de León, que había vivido con especial intensidad las vicisitudes de la Patria. En el mentidero clásico de Zocodover los hidalgos y clérigos de la ciudad, gárrulos o comedidos, habían acudido las corrientes de la cultura teológica y humanista, los sucesos de la política, los descubrimientos y las conquistas, como en su tiempo discutieran visigodos, judíos y mozárabes otros esenciales cosas a la luz de distintos principios. Allí se habían decidido cien veces los destinos del Imperio.

Aquellos atardeceres de cielo aborascado con nubarrones grises y amarillentos, de plomo y sangre vieja, encendidos de pronto en ascuas bermejas, relucían violentamente sobre los olivares, agostados, sobre la tierra requemada y sedienta y componían un fondo digno de aquel preclaro santuario del alma española.

Cuando anochecía, y si el tiempo enfriaba, nos acogía el estrado de la planta baja, con sus anchas butacas de cuero carmesí, y aún se conversaba largo rato al amor de la lumbre, bajo, los lienzos de Villamil, Alenza y Arredondo y los viejos grabados de asunto toledano que colgaban por doquiera en salas y corredores. Había otras dos estancias llenas de encanto: la Capilla con su gran crucifijo, réplica del que se venera en la catedral de Burgos; y la Biblioteca, reducido aposento con una ventanita al campo de las que describe Azorín con enamorada insistencia y con las paredes ocultas tras los estantes de oscuro roble en que se alineaban los libros que amaba tanto su dueño. Recuerdo que en una de mis visitas encontré allí reunida una riquísima bibliografía del Padre Feijóo que Marañón estudiaba entonces para com-

poner su obra sobre las ideas biológicas del beneditino gallego. Delante de los libros se veían retratos de famosos huéspedes de la casa: Tirso de Molina, Becquer, Pérez Galdós, Barres, Cassic, Unamuno, la Bibesco, M. Curie, Herriot, Alexandra Everts, García Lerco, Remonón, Embique, la estancia, callada como una celda y como ella sobriamente alhajada con una mesa de anca y un sillón fraileiro por todo ajuar, Marañón escribía cuartillas y cuartillas de limpia prosa castellana cada vez más entrañable y humana porque era su sino ser cada vez menos médico y más hombre.

Sus obras reflejan esta lenta evolución y la última, «Elogio y nostalgia de Toledo», está ya absolutamente liberada de preocupaciones psicopatológicas; es sin duda el libro más exquisito que escribió su autor y quizá solo no baste a su gloria, pero después de los otros la perfecciona y acrece. En este libro ya no se explica ningún hecho superior por contingencias orgánicas; el hombre recobra toda su dignidad y el espíritu su verdadero valor; y aún se advierte con gozo que el autor, remontándose ingrovido, a cumbres de poesía, arroja a los mercaderes del templo con insólitos párrufos: «Los ingenieros, hombres terribles, dicen que se oye al río porque se calla la ciudad, o bien porque se ponen en marcha los artificios de las presas. Pero la verdad es que ese ruido es un rumor extrahumano, un eco remoto de todo lo que sonó durante tantos siglos en las orillas que vieron pasar el amor y la muerte, hechos fuego o espanto vivos, y los dejaron presos para siempre allí».

Desde este ensayo, fechado en 1935, con que empieza el libro, una nueva y mejor concepción de las cosas se despliega ante el lector. No más tipos patológicos analizados con terca minuciosidad en un estilo cincelado y castizo que pedía mejor empleo; se acabaron los grandes gestos de la historia determinados por fenómenos somáticos; los Amieles, Enri-

ques, Olivares y Tiberios encadenados al sexo; los freudianos complacencias reflejando por el fondo de las biografías. Quedan, en cambio, el hombre en libertad rescatado por su angel Custodio, y el doctor y la majestad de España, consagrados.

El tema—una ciudad—puede parecer común; y la intención, también. Pero la inteligencia y el amor con que Toledo se revela y se exalta en esta delicada crónica, son cosa nada común. El Tajo, los Cigarrales, el Alcázar, Garcilaso, Galdós, cosas y hombres de Toledo reumbra en el libro como el cenidor de Zobeida cuya historia lo cierra. ¡Cuánta ternura para contra los mínimos detalles, los datos eruditos de la ciudad bienamada! ¡Que sazonada hombría para decir llanamente como eran otros hombres! ¡Y que maduro estilo de escritor!

El libro no es un itinerario de Toledo sino un anhélante requiebro a medias libresco y fantástico que se escapa de un pecho lastimado por la saudade. Nostalgia de Toledo es el título del libro. Nostalgia del autor por el rincón elegido entre mil para fundar su casa y que quedó en ruina desmantalada; nostalgia del ocaso cárdeno y sangriento, de los paseos por el olivar, de la alberca, de los caballos que montaban los hijos, de la casita de muñecas escondida entre frondas, del viejo «Pelucas» criado y hortelano de la finca. Nostalgia de la soledad estudiantil de la biblioteca, del hogar crepitante en invierno, de las reposadas pláticas en el jardín; y sobre todo nostalgia de Toledo—citra y honor de España—que compone un símbolo de fe y de firmeza en aquel paisaje de agonía. La floranza de la Patria sangra en este libro sentimental, no sensiblero, trivial si se quiere, pero profundamente humano y literariamente impecable, que está dedicado, como el comentario presente, a su hijo Gregorio.

CARLOS MARTÍNEZ BARBEITO

LIBRERÍA CARRO
Taller de encuadernación

Corona

Representante exclusivo para Granollers y Comarca

Manuel Pla Cortinas

Plaza Perpiñá, 16
Teléfono 157
GRANOLLERS

PRÁCTICOS Y DE MÁXIMO RENDIMIENTO

SOBRIA ELEGANCIA

GRÁFICAS F. CARRERA - TELÉFONO 208